

TRAJANO

CRISTINA TERUEL

TRAJANO

De Hispania a Roma



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: enero de 2014

© Cristina Teruel, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6177-3

Impreso en Nexus/Larmor

Depósito legal: B. 26408-2013

Impreso en España

A mis hijos Joan y Elisenda.

A Daniel siempre, primer lector,
crítico y mecenas.
Naturalmente, también a los amigos
que me han ayudado leyendo y
proporcionando algunas ideas:
Loli Castillo, Luis Felipe Peláez,
Fede Sáez, Rosa Soler y Jero Fernández.
Y al responsable de la editorial Edhasa,
Daniel Fernández, por su paciencia.

«De igual modo que no le fue posible (a Julio Agrícola) perdurar hasta los albores de esta dichosísima época y ver a Trajano príncipe, lo que él en nuestras conversaciones privadas pronosticaba con augurios y votos...»

CORNELIO TÁCITO
Vida de Julio Agrícola, 44

PRIMERA PARTE

ÁGUILA ENTRE NUBES

I

Nada más recibir la noticia de que Lucio Antonio Saturnino se había hecho nombrar César en Maguncia, donde se hallaba como gobernador con un mando extraordinario por la guerra dácica, el César Domiciano partió de Roma inmediatamente con la Guardia Pretoriana para enfrentarse con él fuera de Italia.

–Antonio Saturnino no ha de pisar suelo italiano –repetía el emperador al prefecto del Pretorio, Laberio Máximo, y a cuantos formaban parte de su Consejo–. En Italia tiene más facilidad para encontrar el apoyo de los opositores que en las provincias del Imperio.

Ordenó a los gobernadores y legados diversos movimientos estratégicos de las tropas para asegurarse el control de las principales provincias del Imperio cercanas a Roma. A Marco Ulpio Trajano le indicó que cruzara rápidamente los Pirineos y los Alpes y se reuniera en Windish con la XI Claudia, para cerrar el paso alpino de Italia a los rebeldes.

En su viaje a Maguncia, acompañaba al emperador un séquito numeroso de consejeros experimentados. En el recuerdo de todos estaba la guerra civil que veinte años atrás casi desgarró el Imperio, y que había propiciado el saqueo

de Roma por parte del general Vespasiano, luego César, el padre de Domiciano. Nadie quería que volviera a suceder algo así. El miedo a semejante caos había alineado a todos los gobernadores y legados con el emperador, y Antonio Saturnino había quedado ominosamente aislado.

De villa en villa donde reposar al final de la jornada, los correos de las guarniciones del Imperio se sucedían con despachos sobre la situación militar. El emperador Domiciano viajaba echado en una litera. Sus largas piernas habían adelgazado súbitamente por una tardía enfermedad, y sostenerse en pie durante largo rato o montar a caballo le resultaba muy molesto; su obesidad, de carácter hereditario, constituía un problema añadido; la calvicie, un síntoma de vejez adelantada que solía lamentar. A los cuarenta años, Domiciano tenía serios problemas físicos que contrarrestaba con una disciplina de trabajo estricta y una voluntad notables.

En cuanto el cortejo imperial llegó a Windish, el emperador encontró que el legado Trajano había llevado la VII Gémina desde su base en León en un tiempo extraordinariamente breve, y se sintió profundamente conmovido por esa hazaña. Domiciano admiraba la extraordinaria fortaleza y resistencia físicas de su general, pero le gustaba más aún el carácter contemplativo, casi silencioso, y propenso a agradarle, con el que se conducía. Hacía tiempo que no encontraba a nadie como él: un militar que hacía de la obediencia una virtud.

–La VII Legión recibirá los sobrenombres de Pía y Fiel debido a la proeza de su rápido desplazamiento desde la Hispania Citerior, y en adelante los lucirá bordados en oro en sus estandartes –les premió el emperador en una breve alocución cuando formaron en el Pretorio.

Antes de partir a Maguncia, un despacho de Aulo Lápido Máximo, gobernador de la Germania Inferior, le informaba de que había marchado desde su cuartel en Estrasburgo contra los rebeldes, acampados en las riberas del lago Constanza, y los había vencido. Añadía que Antonio Saturnino se había aliado con los catos, que no prestaron auxilio en la batalla porque no pudieron cruzar la superficie helada del Rin: se había deshelado súbitamente de un día para otro. «Demos gracias a Júpiter por su benevolente ayuda», acababa la carta del gobernador Lápido Máximo.

La rebelión había sido sofocada convenientemente. La VII Legión Pía y Fiel y la XI Claudia gritaron «¡Victoria!». El emperador estaba exultante. Los dioses le protegían, como siempre. Domiciano se desplazó a Maguncia y su pariente Trajano marchó con él, convertido en un hombre de su máxima confianza.

–Dios y Señor, los dioses han escuchado nuestras súplicas –le recibió el gobernador Máximo.

–¿Y Saturnino? –preguntó ansiosamente Domiciano, que había llegado hasta allí con la única idea de la venganza.

–Ha muerto en la lucha; los senadores y caballeros que con él se hallaban se suicidaron.

La decepción desdibujó la sonrisa cruel del emperador. Quería haberle sacado todos y cada uno de los nombres de los cómplices de la rebelión en Roma, pues estaba seguro de que Saturnino debía de contar con apoyos en la ciudad; a modo de respuesta, el emperador comentó:

–Los militares han faltado a un juramento sagrado: tan culpables son los generales como los soldados.

El Estado Mayor no comprendió el alcance de ese razonamiento hasta que el emperador dictó, sin ningún entusiasmo, los castigos en las legiones que habían seguido a

Antonio Saturnino. Ordenó que les cortasen ambas manos a los centuriones que habían sobrevivido, para que su vergüenza fuera patente, y mandó torturar a los supervivientes para obtener más datos sobre el alcance de la conspiración, aunque legalmente a los ciudadanos romanos no se les pudiera aplicar la tortura.

Las cartas y otros documentos personales estaban siendo examinados de forma minuciosa; en algunos casos habían servido para fundar una acusación discutible, más propia de una complacencia vergonzosa con las airadas órdenes del emperador que con los requisitos de un proceso de lesa majestad.

¿De qué había servido que el emperador trajese de Roma un séquito numeroso de consejeros experimentados? El viejo senador Luciano Proculo, que había consentido en abandonar su retiro para acompañar al emperador, ante la crueldad que desplegó Domiciano, decidió abandonarle y volverse a su hacienda; le dijo como despedida:

–Has vencido, señor, como deseaba; me marchó a mis campos.

Luciano Proculo era viejo y no tenía nada que perder. A los demás quizá les faltó valor, o ponderaron las necesidades y exigencias del Estado y se quedaron a su pesar: hasta entonces el César había gobernado no sin vacilaciones, equilibrando sus defectos con sus virtudes. Otros no tenían escrúpulos, no se sentían en absoluto responsables de las decisiones del César, y se dedicaban a escuchar sus palabras y a trabar conversación con él sin intentar en lo más mínimo contradecirle. Muy pocos le acompañaron de buen grado a las sesiones de tortura.

II

—Lucio Antonio Saturnino era un hombre de malas costumbres, sin escrúpulos —afirmaba Publicio Certo con la voz ronca, sentado en una banqueta con una manta sobre sus hombros—. Pactar con los bárbaros, ¡qué maniobra! —se abrió una sonrisa sarcástica bajo su nariz roja, admirado de la arrogancia del rebelde—. ¿Acaso se creía Antonio el Triunviro en Egipto?

Y volvió a meter la cabeza calva bajo la lona que sujetaba un sirviente, para volver a inspirar los vahos de un balde situado en una mesita baja. Habían partido de Roma con una temperatura otoñal muy agradable. En el camino, sin embargo, el tiempo se había vuelto inclemente y se había resfriado; tenía cierta predisposición a las enfermedades de las vías respiratorias.

—Actuó con honestidad en Hispania y se había ganado la confianza de un buen funcionario —le respondió Aulo Didio Galo Fabricio Veyentón, con la pausada reserva de un hombre que ha vivido mucho y ha aprendido de los errores de los demás y de los suyos propios, lo cual le había valido tres consulados con tres césares. Veyentón estaba echado a un lado, su cabeza vieja y menuda, como la de un pájaro, tocada con un gorro de fina lana, sobresalía de un grueso edredón de plumas que le cubría por completo—. El César se dejó deslumbrar por la ilustre progenie de Saturnino. Odia tanto como admira a los aristócratas de antiguas familias.

Publicio Certo volvió a sacar la cabeza roja calva. El resfriado difuminaba de su rostro la hipócrita crueldad de que hacía gala en la Corte al servicio del César: era uno de los delatores en la Curia.

–El propio César había censurado sus vicios... Pero le puso al frente de un ejército compuesto por cuatro legiones y alrededor de diez mil auxiliares, que debía apoyar a la avanzada de Tercio Juliano en la guerra de la conquista de la Dacia –su mirada estaba iluminada por la incredulidad–. Si la Fortuna le hubiera sonreído, ahora tendríamos un emperador hispano.

Compartían una habitación en el Pretorio, pequeña, tanto que sólo podían disponer de dos siervos, que dormían fuera, en el pasillo, con los de otros senadores y caballeros del séquito del César. Algunas lámparas que colgaban del techo daban al pequeño dormitorio la claridad que otro día frío y nublado les negaba, pero tenían que moverse de forma que sus cabezas no tropezaran con ellas. El olor de menta lo impregnaba todo.

Certo volvió a la lona. Veyentón continuó como si hablara para sí mismo:

–Se alió con los catos para incrementar sus efectivos y asegurar mejor su retaguardia. Necesitaba tropas contra las legiones, como hace veinte años, cuando el divino Vespasiano tomó el poder. ¿Y de dónde las iba a sacar? Disponer del fondo de las pagas de las dos legiones acampadas en Maguncia para pagar a los catos le restó popularidad, claro. Los legionarios conservan cierto grado de decencia... O de esa prudencia que aconseja no seguir a quien dispone tan a la ligera del dinero ajeno.

Publicio Certo sacó la cabeza, y con un gesto mandó que se llevaran el balde con la mixtura aún caliente. Se levantó y se dio un golpe con una de las lámparas que pendían del techo.

–¡Por los Dióscuros! –maldijo con ronquera. Luego se echó en un diván y comenzó a acomodarse en su edredón–.

Y ahora, entre nosotros y Tercio Juliano hay varios miles de catos que no saben qué hacer con nuestro dinero... No me gustaría encontrarme en el pellejo de Tercio Juliano.

–La campaña dacia se ha acabado –sentenció Veyentón–. Las águilas de los pretorianos de Cornelio Fusco seguirán reposando tranquilamente en algún lóbrego sótano dacio...

En ese momento, les llegó el ruido de pasos y los ecos de conversaciones en el pasillo que conducía a las habitaciones que se repartían los consejeros y senadores del séquito del César.

–Mira si es Espurina quien regresa, e invítale a entrar –mandó Veyentón a un siervo.

Vestricio Espurina, de la edad de Veyentón, poseía la prestancia de un hombre veinte años más joven y se movía con una agilidad y una energía envidiables. Espurina se quedó en el quicio de la puerta, rodeado de las caras de su séquito. Las ojeras deslucían su aspecto lozano, tocadas por el frío las rojas mejillas afeitadas; el cabello casi intacto lo llevaba con un corte militar. Sobre la toga de senador, una gruesa capa militar que acompañaban unas botas y unos pantalones blancos. Sin sacar las manos de la toga, les sonrió amablemente a modo de saludo.

–¿Estás mejor?

–No estoy peor, que ya es algo –le contestó la voz ronca de Certo–. ¿Qué noticias nos traes?

–Que está nevando otra vez y deberíais abrigaros bien para asistir al banquete de esta noche con el César.

–Vaya novedad. ¿Y de lo demás?

Espurina varió la expresión simpática por una más grave.

–El emperador opina que hay demasiados millones de sestercios inmovilizados en los campamentos... Teme que

pueda cundir el ejemplo de Saturnino, por lo que ha acordado que los legionarios no puedan acumular en el futuro más de 500 sestericios de sus ahorros en la caja de su cohorte; también que toda legión acampará sola; y, para mejorar la fidelidad, que los legionarios recibirán una nueva soldada...

Veyentón fijó sus ojos de un marrón oscuro en Vestricio Espurina, un poco sorprendido y ligeramente alarmado: de dónde iba a sacar el emperador el dinero. Sin embargo, no formuló la pregunta, y Espurina no añadió nada más; ése sería otro problema político que tratar en Roma.

—¿Ya se han acabado las tardes en las mazmorras? —intervino Certo con una sonrisa cruel y ese tono ligero que lo hacía tan odioso.

Veyentón desplegó sus labios en una burla. Le gustaba su camarada por lo que había en él de cruda franqueza.

—No me atrevería a afirmarlo —respondió Espurina incómodo—. Tampoco he estado presente.

El emperador había prohibido a los escribanos militares recoger en las actas que se levantaban al efecto los nombres de todos los que eran torturados hasta la muerte. Unos comentaban que el propio emperador se había sentido temeroso ante las consecuencias de su ira; otros decían que no quería ofrecer a sus enemigos nuevos motivos de sedición; algunos, en fin, afirmaban que era para ocultar el encarnizamiento con que había actuado. Sin embargo, había dejado con vida a dos oficiales superiores de la XXI Legión Rapaz: el joven tribuno laticlavio Julio Calvester y Taxo, el centurión principal de la II Cohorte; nadie sabía con qué finalidad.

—¿Y Calvester y Taxo? —inquirió Veyentón.

—Se le ha recordado que Calvester es descendiente de Julio César —afirmó Espurina—. Ya veremos...

–Eso dicen los ciegos, ya veremos –comentó Certo.

A Espurina el comentario le causó grima. Se despidió con un deseo cortés de curación rápida, y continuó hasta su habitación.

–Qué rápido se ha ido –ronqueó Certo–. Yo quería preguntarle por ese mal imitador de Julio César...

Veyentón dirigió una mirada de extrañeza a Certo, que le respondió:

–Marco Ulpio Trajano, otro más de los ricos béticos que rodean al César.

–Ah, su Hércules hispano –dijo Veyentón, y se sonrieron burlescamente ambos–. Le conocí cuando le apodaban «Crinito»: siendo joven tenía una pasión casi enfermiza por la cría de caballos de Nisa, uno de los vicios que se trajo de Siria cuando sirvió con su padre; el otro, en fin, resulta ofensivo por su vellosidad...

–Nada bueno nos llega de Oriente últimamente...

III

El centurión pretoriano entró en la tienda del legado con la autoridad que comportaba una orden directa del emperador. La luz mortecina del día arrancaba un brillo mate a su casco; en el interior de la tienda, las lamparillas reflejaban una luz amarillenta, enfermiza. No se quitó el embozo, pero dentro todos adivinaban los adornos de plata relucientes de su armadura y la piel nueva lustrosa, recién aceiteada; las botas apenas manchadas de barro indicaban que sólo se desplazaba a caballo. La espléndida vestimenta blanca del pretoriano contrastaba con la del legado: su uniforme de campaña estaba sin adornos, deslucido por el uso, como el

de cualquier otro legionario. El centurión pretoriano saludó con arrogancia:

–Señor, el emperador te espera en el fuerte.

Marco Ulpio Trajano le dirigió una mirada oscura cargada de cautelas. En plena ofensiva de Tercio Juliano en la Dacia, esperaba algún mando allí, ahora que se había convertido en el general favorito del emperador. Había otras oportunidades menos gloriosas: los catos que se habían agrupado en la frontera.

Mientras el legado daba fin a sus ocupaciones burocráticas, el centurión pretoriano, que se tenía por hombre corpulento y vigoroso, se comparó con él. La resistencia excepcional a la fatiga de Marco Ulpio Trajano era la comidilla en los cuarteles germanos. El emperador le llamaba en privado «mi Hércules hispano». Malas lenguas especulaban por qué: la fidelidad que gastaba rayaba la docilidad de un siervo de placer.

La prestancia del legado resultaba en verdad impresionante. «La costumbre de ver en el César a un hombre enfermo», quiso justificarse el centurión pretoriano. De pie resultaba más alto que él, y nada en su físico corpulento desmejoraba la primera impresión, salvo que ya tenía el cabello negro salpicado por las canas, a pesar de ser aún joven, ese recio cabello que le había valido el apodo en su juventud de Crinito, mientras su padre estaba vivo. El pretoriano, que era un hombre vanidoso, decidió que era suficiente defecto que aparentase la gravedad de un hombre mayor.

Cercado por sus asistentes, que sostenían la ropa de abrigo y las armas, el legado preguntó al centurión del Pretorio el motivo del requerimiento.

–Ha dicho que quiere testigos de su clemencia –el pretoriano esbozó una sonrisa lobuna que no se hubiera per-

mitido ante el emperador. La actitud de los pretorianos no gustaba en los fuertes y campamentos legionarios, pero su lealtad, la confianza que el César depositaba en ellos, les confería una autoridad que estaba por encima de cualquier otro mando militar—. Ha ordenado que lleven a su presencia a Julio Calvester y a Taxo.

El legado se pasó los dedos de la mano izquierda por el labio inferior y la barbilla, en un gesto de preocupación que parecía casual: hasta entonces había evitado presenciar las sesiones de tortura.

—Vamos, pues.

Julio Calvester, el ex tribuno laticlavio, sólo vestía la túnica con la franja roja de caballero cuando lo vio Trajano. Siendo un joven de tan noble origen, Norbano le había recluido en el Pretorio bajo vigilancia y, después, no había permitido que compareciera ante el emperador cargado de cadenas. La mirada del joven revelaba un desconcierto profundo. Todos los oficiales del Estado Mayor le observaban compadeciendo su juventud.

—Julio Calvester, tú, uno de los descendientes de Julio César, ¿cómo has podido cubrir de oprobio tan ilustre nombre? —inquirió el emperador de ese modo suave y educado que presagiaba un castigo cruel.

El joven cayó de rodillas con el rostro espantado.

—¡Dios y Señor! Ten piedad de mi juventud. Mi peor enemigo ha sido mi inexperiencia... Yo no he participado en ningún acto de sangre...

—¡Lee! —ordenó Domiciano a uno de los secretarios.

El secretario comenzó a leer una de las actas de interrogatorio de los siervos sodomitas del séquito del rebelde Antonio Saturnino. A medida que se detallaban las prácticas sexuales en las orgías de Saturnino, los oficiales del Estado

Mayor cruzaban miradas burlonas entre ellos y sonreían. El rostro del joven se cubrió de un intenso rubor y bajó la mirada y la cabeza, y los brazos, caídos a los lados, le daban la apariencia de un siervo que suplicaba por su vida.

–Seguro que tuviste en Saturnino un mal consejo, una mala guía y un mal ejemplo –dijo sarcástico Domiciano cuando el secretario acabó–. Pero, ¿a qué te refieres con tu inexperiencia exactamente?

El comentario mordaz del emperador suscitó risas burlonas en su Estado Mayor.

Calvester no contestó. La vergüenza le ahogaba y le impedía articular palabra.

–¿No contestas? –insistió el emperador–. Quizá no te acuerdas bien y necesitas ayuda...

Domiciano mandó que entrara otro militar. Se trataba del centurión principal de la II Cohorte que había participado en esas orgías. Se había salvado de la muerte declarándose homosexual. Un homosexual no tenía ninguna autoridad para hacer cumplir las órdenes; en consecuencia, no podía ser responsable de nada. Se había salvado de perder las manos, pero desde su pública declaración de homosexualidad el centurión Taxo había tenido que soportar las burlas, el escarnio y las proposiciones (algunas violentas) de todos los militares del fuerte legionario. Los soldados le habían golpeado para quitarle el cinturón, del que pendían la vara de vid y la espada, símbolos de su dignidad, y ahora caminaba con la túnica suelta, como una mujer. Pero aún se mantenía erguido como un militar, a pesar del maltrato que había tenido que afrontar.

–Taxo, ¿reconoces a este joven como a uno de tus amantes? –preguntó Domiciano.

–Sí, señor –murmuró.

–¡Julio Calvester, levántate! –ordenó el emperador–.
¡Ofrece tu rostro a la vergüenza pública!

El joven se puso de pie. Tenía lágrimas en los ojos. Calvester miró de soslayo al hombre que tenía el rostro magullado y la mirada huidiza y como la de una bestia salvaje.

–¿También a éste has entregado tu virtud? –preguntó el emperador señalando al centurión.

–Sí, señor –murmuró Calvester.

Entonces Domiciano se levantó de su silla apoyándose en sus manos, se acercó al joven y le arrancó el cinturón. La túnica le cayó casi hasta los pies, como una mujer, como a Taxo.

–Márchate con tu deshonor –le espetó el emperador.

Julio Calvester miró asustado a Domiciano y retrocedió mecánicamente unos pasos.

–¡Marchaos del campamento!

Julio Calvester y Taxo abandonaron la tienda ante las miradas hirientes y burlonas de los integrantes del Estado Mayor. Afuera se habían ido congregando legionarios. Se empezaron a escuchar las burlas, las proposiciones, los insultos...

IV

–No era sólo para este juicio para lo que os he llamado...
–dijo Domiciano para atraer de nuevo la atención de los presentes, y se sentó fatigado por el esfuerzo–. Tercio Juliano ha vencido a los dacios en el mismo lugar donde cayó Fusco, el corredor del Bistra, en Tapae, y continúa avanzando hasta la capital dacia –y alzó una carta laureada que le había entregado un escribiente militar.

La satisfacción se extendió entre los militares, y también el alivio.

–La gran campaña contra la Dacia continúa, a pesar de todo. El objetivo: anular el poderío del rey de los dacios, si es necesario convirtiendo la Dacia en una nueva provincia romana. Y, naturalmente, recuperar las águilas que la derrota del prefecto del Pretorio, Cornelio Fusco, dejó en manos de los dacios...

Los oficiales leían con detenimiento los despachos de Tercio Juliano, las indicaciones de Cornelio Nigrino, escuchaban al prefecto del Pretorio, Laberio Máximo, y desconfiaban de que se cumplieran ya las expectativas. De poco o nada servían al emperador las metódicas indicaciones militares de Tercio Juliano sobre la distancia recorrida y la que quedaba hasta alcanzar las fortalezas en las montañas de Orastia, los bosques espesos que limitaban el avance, los ríos por atravesar y los puentes tendidos, los desfiladeros ganados, los caminos hollados por insuficientes soldados, las provisiones consumidas, las bajas continuas por las guerrillas dacias... El emperador no sabía de qué le hablaba Tercio Juliano, ni podía hacerse una idea. Para Domiciano todos esos informes sólo contenían el sostén para un triunfo, sólo constituían la justificación de una gran hazaña. La envidia del emperador y su afán le urgían a cruzar el Danubio y entrar él también en el fabuloso reino dácico, como Claudio había hecho en la brumosa Britania.

–... Pero entre las legiones de Juliano y nosotros a ambos márgenes del Danubio, ahora tenemos una gran concentración de catos enriquecidos, y otra de marcomanos rebeldes a sus obligaciones... –Domiciano se levantó otra vez, pocos lo habían visto de pie tanto tiempo: raramente se le veía de otra manera que recostado. Ayudado por un

siervo, esforzándose por aparentar una prestancia que le negaban sus míseras piernas, se acercó a la mesa donde había un mapa de las provincias limítrofes con la Dacia y los emplazamientos militares señalados: las calzadas y los caminos, punteados de fortalezas y torres de guardia desde el norte de Germania a los Balcanes, siguiendo el Rin y el Danubio, los campamentos y las sedes de las legiones y de las unidades de auxiliares bárbaros en el interior de las provincias. Su mirada desprendía un fulgor extraño. Los oficiales le siguieron y se diseminaron alrededor de la mesa de la tienda. Los catos ocupaban tradicionalmente la parte de la Selva Negra, entre el margen derecho del Rin y la zona oriental del monte Tauno, entre los ríos Diemel, Werra y Fulda.

—Los catos quedan ahora entre nuestra retaguardia y la vanguardia: ¿qué podemos hacer para que dejen de ser una amenaza? —El emperador solicitaba el consejo de su Estado Mayor. Los catos, otra vez los catos, Domiciano llevaba luchando contra ese pueblo desde hacía seis años, sin un resultado satisfactorio definitivo.

El primero en tomar la palabra fue el prefecto del Pretorio, Laberio Máximo, que realizó un resumen de la situación, harto complicada desde el punto de vista táctico. A medida que hablaba, fue dividiendo el mapa por sectores con un gesto de su mano: los romanos en el cuartel de Maguncia; siguiendo el Rin aguas abajo, en la otra orilla del río, en la zona de la Selva Negra; los catos, precisamente en el área donde nacían el Rin y el Danubio; Cornelio Nigrino en Kostolac, y, al otro lado del río Danubio, las tropas de Tercio Juliano, que habían subido por el valle del río Timis hasta la confluencia del Bistra, habían atravesado el corredor de Tapa y se hallaban en el valle dacio de Hateg. Y el rey Decéballo, de quien se sabía que, a través del Mures, hostigaba o

soliviantaba a las tribus sármatas de la gran llanura panónica hacia el Timis, precisamente en la retaguardia de Tercio Juliano. Luego ofreció datos sobre las unidades militares disponibles, sobre los medios de transporte y sobre las incidencias climatológicas en el transporte de soldados, pues si bien Maguncia disponía de un puerto militar porque era la base de la flota del Rin, y también de una flota danubiana en el puerto de Silistra, estaba el invierno por iniciarse y los ríos y los caminos se helarían. Y concluyó:

–Sería mejor aplazar la acción militar combinada para neutralizar la amenaza cata y proteger la retaguardia de Tercio Juliano. –No quiso añadir que debían retirarse ordenadamente de la Dacia.

El emperador podía estar seguro de que el consejo del prefecto del Pretorio, Laberio Máximo, era el más adecuado, pero se mostraba en desacuerdo con detener la ofensiva en la Dacia.

–No os he llamado para eso...

–Entonces, Señor y Dios, la cuestión radica en qué efectivos hemos de mover contra los catos y hacia Mesia Superior –afirmó el prefecto del Pretorio.

Ofrecida la palabra, nadie se aventuró a proponer un plan; el legado Trajano intervino, audaz:

–Podríamos volver a exigir a los marcomanos los contingentes de auxiliares que nos han negado. Los marcomanos son rivales encarnizados de los catos: seguro que les interesaría contar con nuestra protección, ahora que los catos se han reagrupado y gozan de la seguridad de su mayoría... El reino de los marcomanos abarca desde aquí –y señaló las orillas del río Meno– hasta aquí –más allá de la Selva de Bohemia–. Podríamos encerrar a los catos en dos frentes; su territorio queda entre nosotros y los marcomanos.

–Desde luego nos ahorraríamos un coste en hombres y en tiempo de desplazamiento –apostilló el prefecto Laberio Máximo, totalmente de acuerdo con la propuesta–. Valdría la pena intentar un tratado diplomático con los marcomanos.

Domiciano acogió fríamente la propuesta, aunque logró despertar su interés. Él había pensado en otra cosa, y así lo expresó:

–A los marcomanos hay que darles un escarmiento –murmuró entre dientes, la mirada brillante en un rostro rechondo, de piel estropeada, demasiado clara y delicada para ofrecerla al duro invierno germano–. Han faltado a su palabra. Si no han enviado el contingente de auxiliares una vez, ¿por qué deberían hacerlo ahora que pueden necesitar a todos sus soldados contra los catos?

La propuesta del emperador desagradó a su Estado Mayor, porque estaba guiada por la venganza y la crueldad y contravenía cualquier cálculo táctico.

El legado Lápidio Máximo intervino con su pausada cautela, la máscara del deber ocultando su oposición:

–Dios y Señor, los marcomanos son buenos soldados porque se someten a la disciplina de sus jefes y ya tienen experiencia en el combate... También podrían participar en la guerra de la Dacia, si hemos de reforzar la retaguardia.

Domiciano interrumpió al legado con un gesto de desagrado. Las piernas le dolían, y el emperador se apoyó un poco más en la mesa y en su siervo. El fulgor de su mirada se había convertido en un sombrío presagio. ¿Nadie más le apoyaba?

–Dios y Señor, Juliano pronto deberá abandonar la Dacia si no recibe refuerzos –insistió el prefecto Laberio Máximo–. Las líneas de abastecimiento cada vez serán más difíciles de recorrer y más vulnerables a medida que se interne

en territorio dacio, y llega el invierno. Estamos al final del otoño –le recordó–. Podríamos llamar a más legiones de otras provincias, pero tardarían demasiado en llegar a las Mesias o a Panonia.

El emperador volvió a su sitial. Necesitaba pensar sin el dolor que le ocasionaba estar de pie. El Estado Mayor aguardaba. Al ver que nadie más ofrecía una alternativa a las dos propuestas, Domiciano creyó conveniente ceder:

–De acuerdo, el legado Lápidio Máximo se quedará aquí con mando militar extraordinario en ambas Germanias, y asegurará toda la intendencia. Yo seguiré el Danubio hasta Bohemia para negociar con los marcomanos; luego hasta Panonia, con la intención de reunirme con la retaguardia de Tercio Juliano en Belgrado o Kostolac, ya veremos... –Marcó una pausa, y se dirigió al legado Trajano–. Y respecto a la amenaza cata, ¿habías planeado algo más? –El legado Trajano había realizado una gran labor organizando la explotación de las minas de León, así como con el mantenimiento de las calzadas de toda Hispania. Trajano tenía fama de excelente administrador.

Carraspeó Trajano:

–Tomar todo el codo donde nacen el Rin y el Danubio, Señor y Dios, y fortificarlo –fue dibujando una línea imaginaria en el mapa–; el relieve se presta a ello. No más de una campaña. De este modo tendríamos una línea de continuidad entre ambos ríos, de una parte, y serviría para defender las cabeceras, de otra. Y, finalmente, evitaríamos que cualquier tribu se atrincherara entre ambos ríos, como han hecho ahora los catos. El corredor debe permanecer deshabitado o, cuanto menos, desmilitarizado.

El emperador dirigió una mirada al prefecto del Pretorio.

–En otras ocasiones ya hemos hablado de esto mismo, Señor y Dios –le contestó el prefecto del Pretorio–. Podría hacerse, y sería el momento oportuno. Trajano ha traído una legión más desde Hispania, que es un territorio pacificado.

Domiciano, que se sentía fatigado, manifestó su acuerdo.

V

Los exploradores enviaron señales de advertencia a los enlaces, que cursaron las órdenes al prefecto de campo que comandaba el grueso de la legión en marcha, quien dio órdenes para que la marcha se detuviera y los soldados se replegaran en actitud defensiva. El centurión primípilo encargado de la labor de vigilancia de los flancos esperó más información de las vanguardias, por si debía enviarles refuerzos, y avisó al legado y su Estado Mayor. El gobernador de la Mesia Superior, Claudio Tercio Juliano, que marchaba a caballo entre las dos legiones, no tardó en llegar hasta donde se hallaba el primípilo, que le esperaba; tras un breve saludo, el primípilo le informó:

–Señor, se han vislumbrado más armas entre el follaje en aquel montículo.

Claudio Tercio Juliano dirigió su mirada severa hacia la colina y asintió con un gesto de cansancio.

–Otra vez detenidos... –murmuró para sí. Juliano sospechaba, como el primípilo, que se trataba de otra añagaza de los dacios para entretenerlos, para retrasarlos, para ganar tiempo, como otras veces, si el enemigo se mostraba de ese modo imprudente; los exploradores habían caído ya en muchas emboscadas menos aparentes. Esa estrategia estaba consiguiendo frenar el avance hasta Sarmizegetusa,

la capital fortificada de los dacios. Decébalos quería que los sorprendieran las nevadas invernales y quedaran atrapados en ellas. Y como si hubiera podido leerle el pensamiento, el primípilo añadió:

—Avanzamos muy lentamente, señor, pero no podemos ir más rápido. Los bosques intrincados, los defiladeros y los ríos, y las cimas llanas coronadas de fortalezas, los desfiladeros... A este paso, vamos a desmochar todo el país... Pero nosotros solos no podremos hacerlo en el breve tiempo que media hasta las primeras nieves: apenas si hemos entrado en el País de Hateg, señor...

Tercio Juliano lo sabía sobradamente y asentía, y su rostro curtido por los elementos se cruzó de arrugas pensando en las dificultades y en las consecuencias nefastas que podría acarrearles a los hombres bajo su mando, y a él mismo, quedar bloqueados en la nieve. Habían disfrutado hasta entonces de un otoño excepcionalmente largo y cálido, pero con débiles líneas de abastecimiento, escasos almacenes y pequeñas fortificaciones defendidas por un grupo no suficiente de auxiliares, deberían haberse replegado ya. De la venturosa victoria inicial no habrían obtenido ningún provecho sustancial.

Su expedición militar a la Dacia le había revelado que era relativamente fácil vencer a los dacios en el corredor del Bistra, en las Puertas de Hierro de la Transilvania; pero conquistar el país requería un plan estratégico más complejo, más elaborado, de mayor envergadura, con más legiones, con dos o tres campañas por delante, con los suficientes acantonamientos y pertrechos para pasar los duros inviernos nevados y poder ocupar los valles que se multiplicaban, la meseta hendida, los defiladeros estratégicos de acceso desde el llano de Mesia. Las montañas dacias constituían

murallas que había que tomar una tras otra, en una fatigosa contienda, dado que el país estaba muy poblado. Y todo esto lo sabía el rey Decébalos, que jugaba magníficamente su estrategia de desgaste.

El primípilo comentaba:

–O bien nos envían refuerzos pronto o...

Tercio Juliano, que conocía sobradamente la opinión del primípilo, la de todos los oficiales experimentados, le mandó callar con un gesto amistoso de la mano. El optimismo que había empujado a los legionarios hasta aquellos parajes de alta montaña en busca de las insignias que los dacios habían arrebatado a Cornelio Fusco, y de paso conquistar el territorio y obtener un buen botín, se diluía ahora en un sumatorio de pequeñas dificultades que habían conseguido mellar la seguridad de su triunfo. La suerte de Cornelio Fusco planeaba sobre ellos como la gran sombra de un buitre.

–Continúa con tu cometido –ordenó al primípilo–. Acamparemos en esta zona.

Tercio Juliano nunca había perdido una batalla, y ello se debía a que su ambición siempre estaba sometida a un cálculo racional de posibilidades que no incluía veleidades de carácter personal. Sin embargo, ahora se reconocía sin la decisión necesaria para continuar, y no era por su edad, ni por falta de valor. La gran campaña contra los dacios había concluido desde el mismo momento en que habían tenido que reducir la rebelión de Antonio Saturnino. En la retaguardia faltaban las dos legiones experimentadas que habrían constituido un gran apoyo en su avance, y que ahora se hallaban de camino, castigadas y diezmadas, a las peligrosas fronteras danubianas, en sendos destinos distantes varios cientos de millas en la frágil provincia de Mesia Inferior. Y miles de catos se hallaban concentrados

a sus espaldas decidiendo qué hacer con el dinero que les habían ofrecido los romanos: ¿asaltar las fronteras para adquirir las tierras que Antonio Saturnino les había prometido? Y había un peligro más, aunque difícil de evaluar por imprevisible: las partidas de bárbaros que abandonaban en invierno las inhóspitas estepas de los Urales, y bajaban a través de los Cárpatos hasta las fronteras para robar alimentos en los pueblos y en los fortines romanos, muy bien abastecidos durante el invierno.

Su sentido militar le decía que la incursión en la Dacia debía acabarse ya. Se daba ánimos recordándose que Cornelio Nigrino gobernaba la provincia limítrofe de la suya: estaba cerca y también se había enfrentado a los dacios y los había vencido. Le había escrito relatándole las dificultades que atravesaba. Domiciano escucharía a Cornelio Nigrino: era uno de sus generales favoritos, el militar con mejor hoja de servicios de Roma entonces. Pero resultaba un consuelo bien parco para Tercio Juliano, un general a la vieja usanza, que interpretaba las órdenes dentro de un amplio margen discrecional.

Su asistente le desvestía la loriga sin que se hubiera dado cuenta de cuándo había dado la orden, tan ensimismado estaba en los últimos y acuciantes pensamientos de ese largo día.

Pensó en la suerte de Fusco una vez más. Le había conocido tiempo atrás, durante el fugaz gobierno del emperador Vitelio. Cornelio Fusco era un hombre arrojado, de una sola jugada. Fusco gustaba del riesgo y del peligro, de la novedad de una maniobra no efectuada por ningún otro. Pero su caso era distinto. Él actuaba con conciencia de un cálculo preciso de sus posibilidades de victoria y derrota y, cuando no podía establecerlo, se apartaba de la lucha y espe-

raba condiciones mejores. De este modo había obtenido resonantes victorias contra los dacios veinte años atrás. Ahora, sin embargo, no podía apartarse de la lucha sin más: necesitaba la autorización del César. ¿Podía labrarse un general su gloria militar de ese modo, buscando el consentimiento del emperador, su beneplácito, tan lejos de los campos de batalla? No, desde luego que no. Los generales luchaban por el emperador a cada paso que daba su montura, para mayor gloria de su persona, de su estirpe, para un emperador que no sabía nada de estrategia militar.

¿Por qué arriesgarse, entonces? Y pensó en Corbulón y en Julio Agrícola, y en la envidia que habían suscitado sus victorias, y en las consecuencias funestas de sus acciones gloriosas tan favorables para Roma.

–También la Fortuna juega sus dados –murmuró para sí contestándose no sin inquietud, para darse ánimos, para acabar con sus preocupaciones.

Los legionarios del cuerpo de guardia cantaron la segunda vigilia. Juliano salió de su pabellón y contempló las otras tiendas débilmente iluminadas por los fuegos, rodeada la fortificación de marcha por una oscuridad impenetrable, cargada de humedad vegetal, de olor a resina. El cielo dejaba ver algunas estrellas allí donde no había nubes, las montañas los rodeaban como la cerca de un titán. Oyó los ladridos de los perros de presa que vigilaban los límites del campamento, y esperó por si la noche les brindaba la llegada de algún espía; callaron los perros. Ningún hombre del cuerpo de guardia se acercó a su tienda. Volvió a entrar, pesoso, pero dispuesto ahora a abandonarse al sueño como una obligación necesaria.